

el *hasta*, es decir prefieren “desayunó a las 11” que “no desayunó hasta las 11”. Sin embargo, cuando deciden emplear *hasta*, lo hacen de la forma correcta: “No fue hasta el 15 de junio de 1990 cuando llegó una nueva propuesta de Banesto” (Ernesto Ekaizer, *Vendetta*, 1996 [Negocios]).

Ahora bien, en casi ninguno de los textos mexicanos, si acaso en menos de un 10%, se escribe el adverbio *no* en contextos en que sí lo escribirían tanto los españoles cuanto los argentinos. Siguen algunos pocos ejemplos: “A pesar de que las noticias llevaban varios meses ocupando los primeros lugares en los medios de información, fue hasta diciembre de 1995 cuando el PRI decidió expulsarlo” (*Proceso*, 07/07/1996). “Fue hasta el 2003 cuando se sembraron por primera vez 250 hectáreas de soya GM en campos comerciales de las zonas de Comayagua y Olancho” (*Investigación y Desarrollo. Suplemento de Ciencia y Tecnología de La Jornada*, 04/2004). “El ataque del grupo rebelde a elementos del Ejército Mexicano se efectuó el pasado jueves por la mañana y fue hasta 24 horas después cuando, por medio de un comunicado, los guerrilleros se responsabilizaron del suceso” (*Diario de Yucatán*, 01/09/1996).

He proporcionado ejemplos tomados de diarios y revistas. También los hay que proceden de otro tipo de registros, novelas incluidas: “Muchas veces repetí: «Uno nunca sabe lo que tiene hasta que lo ve perdido», pero fue hasta que mi padre murió que supe a lo que estas palabras en verdad se referían” (Laura Esquivel, *Tan veloz como el deseo*, 2001). Obviamente, en el español mexicano hay también empleos ortodoxos de la preposición *hasta* en este tipo de contextos. Me llamó la atención uno en particular, en un texto técnico: “No fue hasta principios del siglo XIX cuando se em-

pezó a hablar de que la materia estaba íntimamente relacionada con la electricidad” (Varios autores, *Descubrir la electricidad*, México, 1989). Temo sin embargo que esos autores (o quizá traductores si se trata de textos originales en otra lengua) no eran precisamente mexicanos pues, unas líneas después, se lee: “Material: 50 cm de cable eléctrico, una pila de petaca, un vaso, un poco de zumo de limón [...]”. Ningún mexicano dice *zumo* por *jugo*; se trata de un españolismo. Parece un texto escrito en español europeo. Sin embargo el siguiente, también correcto, parece que sí fue escrito por mexicanos: “No fue hasta 1531 cuando los dominicos del convento de Yanhuítlan obtuvieron unos capullos y comenzaron el cultivo de la seda” (Electra L. Mompradé y Tona-tiúh Gutiérrez, *Indumentaria indígena*, 1981). Si se buscan, seguramente se encontrarán muchos textos mexicanos, sobre todo de buenos escritores, con el *hasta* bien empleado. Creo sin embargo que serán, proporcionalmente, pocos, comparados con aquellos en los que esa preposición está impropriadamente usada. ~

El autógrafo del santo

Jorge Degetau Sada

~
Existe un vínculo casi místico entre los autógrafos y las reliquias religiosas. Se me ocurrió platicando con mi hermano luego de asistir a la presentación de un libro, *Bariloche*, durante una tarde límpida en el centro queretano. Observamos otras cosas interesantes, como por ejemplo: que los escritores actuales, en un afán mer-

cadotécnico impensable en los tiempos de Cervantes, o incluso en los de Hugo, se han convertido en vendedores de libros no ya de puerta en puerta, como los caducos promotores de enciclopedias, sino de ciudad en ciudad; que decir que un autor se prostituye al promover su obra no es exagerado, ya que lo que propiamente está vendiendo es su cuerpo y sus palabras (esto es: su presencia), además de que es manejado por una casa editorial, símil directo del proxeneta; que a la presentación de cualquier obra se va para comprar tiempo con el sabio encumbrado, quien está encargado de intercambiar, junto con la venta del libro, un tramo de sabiduría metafísica. De no ser así, ¿por qué los lectores no compran la obra en librerías comunes, sin tanto alboroto, en lugar de asistir a esas sesiones de incontinencia verbal y sesudez simulada como lo son tantas presentaciones de lo que es, en última instancia, pasta impresa dispuesta para hacer confeti luego de unos pocos años de fracaso editorial?

Quizá los escritores, en el fuero sapiencial que les atribuimos, sean la nueva modalidad de santo. Supongo que luego de que la Ilustración espulgó al mundo de sus santidades, igualmente requerimos de modelos a seguir, aunque sea en una versión actualizada. Así, el poder curador-existencialista que poseían los místicos pasó a los autores, cunas de sabiduría, hijos de la mismísima Revolución Francesa, portadores orgullosos de esa racionalidad febril y absoluta —a veces tan radical como la fe del medioevo— que tantos y tantos de ellos pretenden.

Y si el modelo actual de autor suple al santo antiguo, igualmente debería ocurrir con sus accidentes. El autógrafo, por ejemplo, que bien podría parecer un mero ejercicio de vanidad o una

